

PLATICAS PREDICADAS

EN EL EJERCICIO DEDICADO

AL SAGRADO CORAZON DE MARIA.

PRIMERA PLATICA.

*In me omnis gratia via et veritatis:
in me omnis spes vite et virtutis.*

(Eccl. XXIV, 25.)

LAS dos obras especiales de Dios, que son como los polos en que se apoya todo lo criado, y cuya dignidad excede inmensamente á toda otra dignidad en las criaturas, son Jesucristo, Hijo de Dios, y María, Madre de Dios. Del primero, y de su mision sublime, perpetuada y consumada por su doctrina y por la Sagrada Eucaristía, nos hemos ocupado en los discursos anteriores. Hoy rendimos nuestros homenajes á la segunda, y sus grandezas y su amor deben ser el objeto de mi palabra; pero en la brevedad del tiempo que al efecto se concede, no es posible entrar de lleno en el exámen de esa obra admirable de Dios, cuya grandeza, dice San Bernardino de Sena con San German (1), es sin medida, y á quien

(1) Tuæ magnitudinis non est finis. (S. German., Orat. in Dormit. Deip.) Soli Deo cognoscenda reservatur illius perfectio, juxta illud Ecclesiastici: Ipse creavit illam in Spiritu Sancto, vidit, dinumeravit et mensus est; scilicet, ipse solus Deus. (S. Bernard. Sen., Serm. 4 de Concept. B. M. V.)

solo Dios, que la crió en el Espíritu Santo, la vió, la midió y contó sus perfecciones (1). Ella es la reparadora del mundo (2), el corazon de la Iglesia (3), y el título nobilísimo de nuestra libertad (4); en su gracia excede á los ángeles (5); en su santidad solo cede á Dios, y ante ella son como si no fueran las virtudes de todas las criaturas (6); en su dignidad se acerca al Infinito (7), en su union se une á Jesucristo (8), en su gloria se confunde con este (9), en su bondad es una imágen infinita de la bondad infinita de Dios (10), en su poder no reconoce superior sino en el Omnipotente: más aún, dice San Bernardino, todo, hasta el mismo Dios se complace en servirla (11). ¡Cuántos motivos para admirarla! ¡Cuántos títulos para honrarla é invocarla!

Yo me complaceo, ilustres Archicofrades, al veros terminar los ejercicios consagrados á la adoracion del Hijo, honrando é invocando á la Madre; y quisiera po-

(1) Eccl. I, 9.

(2) Reparatrix perdití orbis. (S. Anselm. de Excell. Virg.)

(3) Cor Ecclesiæ. (Hesich. in cat. græca sup. Ps. 44.)

(4) Titulus nostræ libertatis nobilissimus. (S. Ildeph. lib. de Virg. M. cap. 12.)

(5) D. Thom. opusc. 8, de Salut. Angel.

(6) Virgo inter animas Sanctorum et Angelorum choros supereminet merita singulorum, et omnium titulos antecedit, et sic spirituum hebetat dignitatem, ut sint sicut non sint. (S. Petr. Dam., Serm. de Assumpt. Virg.)

(7) Dignitas Matris Dei est suprema quædam conjunctio cum persona infinita. (D. Thom., I P. Quæst. 25, art. 5.) Dignitas Matris Dei suo genere est infinita. (Suarez in 3 P. D. Thom., dist. 18, sect. 4.)

(8) Ad hoc electa est domina, ut instigatrix et cooperatrix Christi. (Salmeron in Evang., lib. 6, tr. 6.)

(9) Gloria Filii cum Matre non tam communem judico, quam eandem. (Arnold. Carnot. de Laud. Deip.)

(10) Fecit hanc Deus bonitatis suæ infinitam imaginem. (D. Thom. Opusc. 61, de Charit.)

(11) Divino imperio omnia famulantur, et Virgo; et imperio Virginis omnia famulantur, et Deus. (S. Bernard. Sen., tom. 4, Serm. 5, art. unic.)

seer la elocuencia y el amor del meliflúo Bernardo para multiplicar en vuestros corazones el celo y la devoción á la Inmaculada Madre de Dios. Ella inflame mi corazón y bendiga mi palabra, mientras para lograrlo hasta donde me sea posible, voy á presentárosla en esta primera plática, como el principio, el instrumento y el manantial perenne de las misericordias de Dios sobre el género humano.

I.

La Santísima Virgen María, hermanos míos, es el principio de las misericordias de Dios sobre el género humano; más aún, es la primera misericordia. Desde el desgraciado momento en que los primeros padres rompieron el lazo que en dulce alianza los unia con Dios, que en ellos quería tener sus delicias para comunicarles su felicidad, se privaron de esa comunicacion inefable, y ellos, con toda su descendencia, solo pudieron esperar que la misericordia de Dios viniera á hacerles menos amarga su inmensa desgracia. Dios lo hizo desde luego, porque no aborrece al hombre, aunque le ve miserable y caído en el pecado. ¿Sabeis cuál es la primera manifestacion de esa misericordia? Es María, es el anuncio de esa Eva reparadora que quebrantará la cabeza de la serpiente para que el hombre, recobrando su libertad, sea de nuevo el amigo y el hijo de Dios (1). Ella aparece desde entonces á los ojos de los primeros padres como iris de paz y de bonanza; y su imagen, que descubren en lontananza entre los celajes de la divina promesa, es la

(1) Gen. III. 15.

Aurora del día de la redencion, por el cual tanto suspiran.

Dios ha anunciado al hombre los designios de su misericordia, pero este le pone obstáculos, cual si quisiera hacer irrealizable la ordenacion divina, y multiplicando sus pecados, se aleja cada día mas de Dios, y atesora mayores miserias en su alma y mayores castigos, á que se hace acreedor con su pecado. Para que el hombre llegue á la reconciliacion con Dios atrayendo su misericordia, Dios le exige, como le exigió antes para inundarle de felicidad, que le consagre todo su amor. «Me amarás, le dice, con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas (1); hijo mio, dame tu corazón (2).» Dios quiere que el amor sea el lazo de union entre él y su criatura, y que elevándose de la tierra al cielo como perfume suave, le obligue en cierto modo á inclinarse hácia el hombre, á derramar sobre él sus misericordias y sus gracias, á devolverle los hermosos títulos que perdiera en el Paraiso, y á poner su morada en ese corazón, que criara precisamente para que sea el camarín de sus amores, el templo de su majestad, el altar donde se le ofrezca sacrificio de adoracion y de alabanza, y el lugar de sus complacencias. Pero el hombre no ama á Dios: su entendimiento, oscurecido por las tinieblas en que le envolvió la culpa robándole la luz divina, no puede elevarse al conocimiento de las perfecciones y bondad de Dios, base del amor; su corazón, dominado por las pasiones y apetitos desordenados, no sabe, no quiere amarle; y aun cuando alguna vez, colmado de favores inefables, siente la presión del amor divino, y ama, este amor es mezquino, es el amor de un corazón manchado

(1) Deut. VI, 5.

(2) Prov. XXIII, 26.